

# Con mis alitas Duracell

Andrea Salgado

*Egresada*

*Taller de Escritores Universidad Central  
(TEUC)*

## Transmisión 4: La Famelia, Valle, 1995

Buenas noches red pública, buenas noches ciberpiratas, buenas noches gente de Cinturón Inopia, buenas noches descamisados, buenas noches hambrientos, buenas noches neumónicos, desde acá su programa El cielo Tiene Roto el Culo, su telenovela favorita, los saluda su compatriota Julia Vonredford, antigua descamisada, omnipresente protectora del melodrama, el bolero, el tango, el pasodoble, la música de carrilera y las rancheras: aguardiente incitador de tuzas olvidadas, guayabos devastadores y festivos destripamientos. Y esta noche, en exclusiva, por primera vez para Cinturón Inopia, sin censura ni avisos comerciales, desde aquí mis propias tetas [las siliconas más codiciadas del año, de acuerdo con la revista *Virtual Sports Illustrated*], volando gracias a las Duracell [aquellas que mantienen por más tiempo activas mis alas de querubín], exploraremos la vida en un pequeño punto de la tierra, marras antes del dominio absoluto de Network City.

Y así, sin más preludios ni presentaciones, queridos amigos, los invito a ajustar los visores de su lectura, y dispóngase a vivir conmigo la trágica vida de la Corroñosa Heréndida y su vida desalmada.

Allá en ese punto de la tierra donde los cirros hacinados manchan la colcha de retazos que forman los cultivos. Allá en el más verde de los parches. Allá dónde los brazos de las plataneras cubren las matas de café que rodean un rectángulo de asfalto. Allá en el rectángulo donde una torre de iglesia, demasiado monumental para el pueblo que la alberga, se erige forúnculo en el rostro de la plaza. Allá, perpendicular a esa torre, recostada contra un muro choreado de miados. Allá, como un renacuajo colgando de las branquias. Allá, como parte de la fachada de una cantina. Allá, como cada sábado en la tarde, está la Corroñosa y sus muletas maltrechas, con una copa de peltre [bacinilla miniatura amarrada del cuello] de la que mama aguardiente para anestesiar su hambre de vergas:

«Papi, ussted como ess de bello», dice lengüisopa, estrellando eses contra la pared de sus dientes:

«por qué no me regala un traguito pa' que me quite esste frío que traigo», añade aferrándose a la copa con devoción de creyente.

«Pase pues a ver», le contesta un borracho que se dispone a cruzar la puerta de la cantina y que sin querer inclina demasiado el pico de la botella, trasvertiendo el licor en el escote relleno de huesos de nuestra heroína.

«Ay papi póngase mossca mire pues como me dejó la dominguera», protesta pasándose de un tirón el cuncho de aguardiente que le quedó en la copa, y salud hijueputa que lo que no mata engorda, se dice así misma como todos los días, levantando un grito de guerra; su mantra contra la eterna derrota. Y la Corroñosa se sumerge entre el rumor del cachondeo de las putas y los jornaleros y el que labioss malparidoss, por qué quieren dañarme, ssi yo ssin ti me muero, mi vida dónde esstás, que se filtra por la puerta del Volga y ella tatarea destemplada, así como suena la realidad en la vitrola de su memoria.

En este punto entonces queridos espectadores de Cinturón Inopia, nos vemos obligados a presionar el **REWIND** de nuestra heroína, alejarnos de ese espacio que ocupa en la cantina y detenernos en la mañana, cuando la luz del sol apenas comenzaba a hormiguar sobre la piel y las arepas aún no iniciaban su chirriar sobre el carbón:

La Corroñosa ha iniciado un penoso descenso hacia la plaza del pueblo por las calles empedradas del Barrio Obrero.

Doña Alma, mi tía abuela, cacarea una metralla de palabras a la recogida, a la pobre huerfanita que convirtió en su sirvienta, yo que barriendo el andén bamboleo mis teticas de cachorra.

«Ay mijita en esos tiempos éramos decentes, no como ahora que las culicagadas se arrinconan con los novios en los extramuros. Éramos muchachas de bien... no me vayás a resultar pipona Martha Patricia que vuela mierda pa'l zarzo en esta casa y se me va, se me larga ahí mismo, que yo no estoy pa'criar miones y mucho menos bastardos», recalca Doña Alma, mientras su plumero hoya furioso las hendijas empolvadas de la ventana, y calla. La palabra extramuros se le ha quedado pegada en el disco duro y un flash back alcanforado ocurre en su cabeza:

«Sabés qué, yo me trepaba en la barda del anfiteatro, las lenguas se les asoman a los muertos por las gargantas rotas. Los ponían en fila como fichas de dominó. Todos traían el corte corbata».

«Cómo se veían, tía», le pregunto.

«Ay no...Nada, hija, mejor hablemos del dominó», dice la doña, sustituyendo la ficha con una agilidad de presdigitadora:

«Evelio, mi marido, siempre me miraba de reojo mientras ponía la ficha ganadora, era buen jugador y yo le paraba bolas desde lejos», recalca alisando los pliegues de la bata como si coqueteara en el recuerdo con sus enaguas almidonadas. Y continúa con la retahíla: «Mijita, usted es muy bonita, yo también tenía una cinturita de abeja, 57 centímetros...», enfatiza haciendo jarras en los neumáticos de su torso:

«Todos me tenían ganas, pero yo no le entregué estos dulces a nadie hasta que mi Dios me dio permiso. ¿Si entiende lo que quiero decir?»

«Si, tía», contesto, contesta Martha Patricia mientras intenta visualizar una minúscula circunferencia debajo de la gordana que se le derrama a la tía por encima del talle, y sonrío con complicidad a la Corroñosa, que seguro oyó la cantaleta durante esos minutos en los que arrastró sus muletas hasta el andén y pasó haciéndose la desinteresada, cabeza gacha entre las dos mujeres armadas de escobas, dulceabrigos y plumones. Pero la Corroñosa no quiso oír nada, andaba entretenida haciendo cuentas, calculando cuántos chances y boletos de lotería le faltaban para recoger la plata de la pieza. El corte corbata y la virginidad son antigüedades que se ruñe el comején en el armario de las abuelas.

La violencia mutó en otras modas: voladura de piernas de niños por acción de minas antipersonales o reventarle el culo a un maricón. y luego desecharlo en el Río Cauca.

La Corroñosa continúa su descenso arrastrando sus piernas inservibles, emperifollada con la dignidad histriónica de una actriz de cine mudo, alcanza el final de la colina, toca el pavimento, acelera el desplazamiento y se aleja calle abajo, convirtiéndose en un punto borroso.

#### Apuñalado y encolchonado

Peluquero desaparecido por los Paras en la vereda Cuchilla fue encontrado después de dos semanas, vuelto picadillo y embutido en bolsas de basura entre los resortes de un colchón. Continúa en Pág. 2D.

El titular de El Caleño es leído a la distancia por la Corroñosa. Ésta se acerca a la charcutería con todo el kilometraje permitido por sus bólidos de madera carcomida y metal oxidado. Y por supuesto que ese sangre-río llama su atención. Quién puede resistirse a la fotografía que ocupa toda la página, todas esas bolsitas manchadas de muerte germinando como coles entre los resortes del colchón.

«Tan Hellraiser que se han puesto estas noticias», dice por encima del hombro de dos campesinas que también leen el titular:

«En vez de mostrar lo bonito, el concierto de la Gaviota que dizque hubo en Calarcá, nos muesttran todoss esos muertos, hasta mentirass sserán, no demoran en ssalirnos con un diablo con puntillass en vez de pelo matando a esos paras gonorreass», amplía su comentario inicial y las muchachas asustadas frente a semejante esperpento cacaruso, se alejan, comadres agarradas de gancho, ahogando risitas nerviosas.

«Montañerass, apenass me las lasss bajaron del monte hoy... pa' putiar en el barrio, con essa manada de pecuecudos apestando a cereza de café. Marranass...con essejo es que las bajan del monte... por el culo ess que less van a dar», les grita la Corroñosa, que desde el día en que terminó de pagar a plazos en la casa de empeño su «Ssony Triniton» se siente ciudadana del mundo, conocedora de la farándula internacional.

Si, queridos amigos de Cinturón Inopia, E, Entertainment Televisión es la musiquilla que suena en mi cocina, la de Marta Patricia, que pone en la olla pitadora los fríjoles y sala el chicharrón y E, Entertainment Television es el murmullo que sale por la puerta de la tienda cuando la Corroñosa deja de gritar y alisándose la furia de las greñas ve a través de los periódicos, en una pantalla de 13 pulgadas, a Anna Nicole Smith estregando las glándulas mamarias contra el lente de un paparazzi.

Nuestra lisiada mujer maravilla contempla asqueada ese par de tetas colosales, y acomodándose las suyas [las medias veladas rotas que le sirven de relleno] retoma su camino y se comienza a acercarse a la plaza rumiando sobre las rarezas de las extranjeras:

«Ahora less encanta mostrar esas chuspas de gelatina en la pantalla. Al menos essta renguera es made in midiossito».

Y así, fortalecida por la autenticidad de su parálisis, apura el paso hacia la algarabía de la plaza. Los recolectores de café en su maratón de diversión saturnina se atraviesan en las calle, afanados por terminar de mercar lo más rápido posible para comenzar a atascarse de aguardiente:

«Emborracharse, pichar y pelear, como ssi eso fuera todo en la vida», se repite, encendiéndole la mecha a su alharaca mercantil. Pero un adonis ojizarco caminando en dirección contraria le hace detener el tic tac tic tac del tiempo. En cámara lenta tic lo ve acercarse; en cámara lenta tac le enfoca el bulto del pantalón. Las ganas son una aguja capotera atravesándole la espina dorsal muerta, pero ese gusano que ya ni faja entre las piernas no funciona. El deseo es un pellizco en la invalidez, un álbum de fotografías amarillentas, como la sucesión de recuerdos que ahora le llegan a la memoria:

Adolescente emperifollada como la Cindy Lauper, la Corroñosa, cuando aún llevaba el apodo de la Terapia, le cubre los pies a la mamá enferma y taconeá hasta el patio de tierra para desocupar la porquería de la bacinilla.

«Amacita, ya me voy para el consultorio», eufemismo creado por amor a la madre, esa señora que no debe ni siquiera mentar el nombre del Disco Verde, el chochal donde trabaja.

«Mucho cuidado, mijo, que dios me lo bendiga, no se le olviden los cauchos esos», alcanza a decir su mamá, sacando un par de condones de la mesa de noche, justo antes de comenzar a desgarrarse en un episodio de tos.

«A la final putiar en este pueblo es un acto de caridad», le dice más tarde a una de sus compañeras de trabajo que la mira con una sonrisa desportillada colgándole del rostro. «Ssino fuera por nosotras las maricas del pueblo y las putass, los patroness de esste pueblo ya sse hubieran jodido hace rato, ¿Quién ssi no nosotrass le mandamoss mansitos a los trabajadores pa'l resto de la ssemana? ¿Quién ssino nosotrass le quita el brío a esos machos? Hasta Bienestar Familiar debería darnoss comissión por la merma de mujeress agarradass a planazos».

«Vos, Terapia, si es que sos más brava que una rabo de ají... uhh... por ese es que me gustás uhhh... por berraca», le dice el John Fredi, cuando se la clava contra las sábanas curtidas del cuartucho que las putas y travestis usan cuando el cliente no le alcanza para pagar el motel de la esquina... esas sábanas pegachentas contra las que tan rico pega la cara, alcanza a recordar antes de que el Adonis la rebase y el bulto de macho bien dotado desaparezca de su vista. La Corroñosa se baja de la nube, y pone sus muletas en polvorosa. Apurada, sin buscar un blanco, arrojando palabras al primero que ve comienza la venta:

«Papi, venga le vendo, de una vez, el número ganador, aquí sse lo tengo... Y de paso me hace la caridad, pa' pagar los remedios de mi mamá...usted también tiene mamá ¿cierto?», le grita desde lejos a un muchacho aindiado y enclenque que a duras penas carga un par de gallinas en un costal. Excelente vendedora, la Terapia siempre supo como conseguir clientes. Nada mejor para incitar el deseo que revestir los vicios de necesidad. Pero la táctica tan útil en el pasado dejó de combinar con las muletas, la piel dañada y los dientes flojos: actuales accesorios de la Corroñosa.

«No misiá, si acaso me alcanza la plata pa'la panelita y los fríjoles», dice entre dientes el muchacho.

«Doña, por qué no me compra un numerito, mire que ess para la receta de mi mamá que tiene cáncer», le dispara la oferta a una señorona que arrastra a su cría entre el campechado como si estuviera salvándola de una plaga inminente:

«Como te atrevés, vagabunda...si la semana pasada ....te di pa'l... dizque pa'l entierro», contesta exaltada la señora.

«Cállate vieja malparida, puta, perra sarnosa», le grita la Corroñosa que se inclina para agarrar una piedra, se le desliza la muleta del sobaco y cae garabato sobre los codos en el cemento.

En el suelo la rodean docenas de tacones repelados por las piedras, zapatos desgatados y brillantes y botas Bramhma, botas como aquellas que en el recuerdo la patean:

«...Me lo trago entero ssi no me paga lo que me debe...papi por favor...el tramadol sse le acabó a mi mamá, ayyy pasito, no me pegués tan duro», grita la Terapia adolorida:

«Un mess fiándote los polvos, que te creés que esste culo ess gratis..hijuepu..», continúa gritando mientras la punta de una bota Bramhma en el costado le hace tragarse el insulto y la punta en la boca del estómago la hace enroscarse como un feto, y la punta en la boca le llena la garganta de un espesor ferroso en el que colapsa el aire que intenta respirar. John Freddy jadeando se pasa el último trago de aguardiente y sacude la botella sobre su boca comprobando que no ha quedado ni una gota; la estrella contra el cemento, algunas esquirlas hieren las piernas de la Terapia. Esta se enrosca, camarón sin aire, sigue recibiendo patadas en el estómago

y se arrastra tratando de huir; así como ahora La Corroñosa sin muletas, huye del recuerdo, reptando en el pavimento hasta llegar al borde del andén y con las últimas fuerzas que le quedan se impulsa para sentarse:

«Pelaitoooo...ssi, usted, pelao, venga, póngame cuidado», le grita desde el andén a un niño que carga un portacomidas todo chorreado de sancocho por los bordes. «Passáme ésas muletas que esstán allá», le pide la Corroñosa apuntando hacia ellas con su uña de esmalte escarapelado. Asustado, el niño se echa a correr.

Jadeando, vencida, la Carroñosa se queda mirando el sancocho que se derrama por el ajetreo de la huída: una sopa espesa seguro, fría, con el cebo del espinazo haciendo nata, aguamassa, comida pa' los marranoss. Ningún recuerdo llega ahora a la cabeza de nuestra heroína, sólo la imagen del sancocho, inmóvil, instalado como un mantequero imposible de cruzar. La eliminación de toda posibilidad narrativa. Pero no, no señores, no Cinturón Inopia, hermanos neumónicos, entre estos restos de yuca y papa, un recuerdo intenta salir a flote pero la nata lo estrangula. Así que yo, clavadista en el borde del portacomidas, me lanzo a los espesores de esa sopa sebosa [mártir de mi propia creación], y con mis pobres alas ensopadas, ángel en un derrame de petróleo, presiono el **PLAY** de la Corroñosa:

Con las medias veladas rotas y las rodillas repeladas, la Terapia huye de su macho, de su John Freddy que tan duro le da en la jeta pero que tan rico se la hunde, tan hombrote estrujándole la carne, agarrándola a golpes hasta que el dolor y el orgasmo se entrelazan en un «ssi te quiero te aporrío»: frase instantánea con la que justifica cada semana los moretones que le deja su John Freddy.

«Pappi ya puess, cálmesse, venga mejor nos contentamoss», suplica desde la esquina oscura y vacía hasta donde sus pulmones de fumadora le permitieron escapar. John Freddy la agarra del pelo y haciéndole inclinar la cabeza le dice:

«Ve, Terapia, hasta cuándo vas a andar con ese cuento de tu mamá pa' sacarme plata».

«Ayyyyy ssoltáme... perdónn... perdón...ya no máss de verdad, ya no máss...por favor». John Freddy la suelta y empujándola de los hombros la obliga a arrodillarse frente a él. La Terapia, jadeando, limpiándose la sangre que le mana de la nariz, le baja el cierre del pantalón y se mete garosa todo el puñal hasta la garganta. Alimentándose con los ojos cerrados, ternera con rimel violeta, la Terapia oye el eco de unos pasos firmes sobre el pavimento y limpiándose con el hombro de la blusa le sugiere a su amante:

«John Freddy, cossita, vamonoss mejor para la cantina otra vez».

John Freddy, picado por las ganas y la borrachera, la vuelve a empujar al suelo. Los pasos se detienen y también el corazón de la Terapia que deslizándose por la pared sólo alcanza a ver la boca de tres rifles escupiendo balas:

«¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! creyeron que se iban a salvar esta vez maricones.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Pa' que aprendan todos los pirobos de este muladar»

La Terapia, sobre el cuerpo inerte de Jhon Jairo, herida en la columna, se hace la muerta.

OPERACION LIMPIESA, escriben los enmascarados con pintura en aerosol sobre

el muro que la enmarca. **hU**